

Entre mujeres, cuidados y arraigo desde el territorio

Tyanif Rico Rodríguez*

La intuición me trajo a Veracruz. La intuición alimentada por el paisaje y por la certeza de que, en esos territorios llenos de abundancia abrazados por la exuberancia de la naturaleza, había respuestas sobre cómo se cuida la vida. El paisaje de economías comunitarias campesinas e indígenas me trajo a esta región con la intuición de que su existencia es la materialización de luchas y formas de sostener la vida en redes y tejidos de los que tenemos que aprender como sociedad.

Navegando entre estas redes, a partir de la activa colaboración de las colegas de la Universidad Veracruzana y la Universidad Veracruzana Intercultural sus investigaciones y profundos vínculos con las organizaciones comunitarias y campesinas de la región, tuve noticia de experiencias de organización para el cuidado de la vida en la región de las altas montañas de Veracruz. En particular de Kalli Luz Marina, una organización civil que promueve y defiende los Derechos Humanos de las mujeres indígenas. Esta organización fundada por mujeres nahuas de la sierra de Zongolica y por las Misioneras de la Inmaculada Concepción, genera acciones que contribuyen a la erradicación de la violencia de género y fortalecimiento de la igualdad. En particular a través de estrategias encaminadas al bienestar económico, físico y social de las mujeres. Esta organización además de acompañar activamente el proceso de denuncia y seguimiento a los casos de violencia contra las mujeres, tiene un eje de trabajo relacionado con la promoción del bienestar, la economía propia y la sanación. A través de la promoción de acciones relacionadas con estrategias para la soberanía alimentaria y la promoción de la medicina tradicional, se dinamizan procesos de cuidado a la vida colectiva, de la vida de las mujeres y del territorio como espacio de sostenimiento colectivo.

Tuve la fortuna de acompañar talleres en esas temáticas, en particular para el desarrollo de compostas y la preparación de medicinas a partir de ingredientes propios que las mujeres y las familias pueden tener en sus fincas en la sierra. Ambas experiencias me permitieron acercarme a las maneras en que el cuerpo, la salud, el bienestar, el territorio, la milpa, la comunidad, etc., se gestan en esta región y en particular conocer de primera mano el trabajo cuidadoso de acompañamiento a los procesos de organización y conocimiento de las mujeres que hace Kalli. Quiero resaltar el trabajo comprometido de sus facilitadoras quienes me acompañaron y abrieron las puertas, mujeres de la región comprometidas con un proyecto de vida desde el *arraigo*. Ese arraigo que Segato (2016) nos recuerda es una estrategia política de resistencia que se gesta en la sutileza de nuestra vida cotidiana y en la potencia de los trabajos de cuidados múltiples que ejercemos las mujeres para sostener la vida.

Estos espacios de acompañamiento y formación contribuyen al reconocimiento de los saberes tradicionales de las mujeres y de la centralidad de sus prácticas y formas de *compartencia* como formas potentes de resistencia y de aprendizaje situado desde la milpa y desde la lengua materna. Allí también está el arraigo, en recordar, volver a mirar, volver a pasar por el corazón lo que se tiene y desdibujar la idea de que solamente lo que es exterior a nosotras, a nuestro saber, a nuestra experiencia y conocimientos -heredados de múltiples de generaciones de mujeres sosteniendo la vida-, tiene valor.

Trabajar *entre mujeres* forja espacios de reconocimiento, escucha y resonancia. Como ha descrito María del Rosario Ramírez (2018) en su análisis sobre los círculos de mujeres. Se trata de espacios de encuentro con un componente político y emocional anclado también con los ejercicios de apropiación corporal que buscan la igualdad de condiciones entre las propias mujeres y el desarrollo de una reflexividad que implique la transformación de la historia de vida de cada una y reconozca el potencial transformador del colectivo.

Hacer una composta a través de una paca biodigestora es una manera muy pragmática de experimentar esos procesos de encuentro. Una paca biodigestora es un método que trata de copiar lo que sucede naturalmente en los bosques con los desechos que producen los organismos vivos como plantas y animales y que al final forman el suelo (Chacón, 2023). En particular para el contexto de las mujeres que habitan en espacios rurales hacer una composta agregando capas, trayendo información a la pila de material, brindando lo que la milpa produce o las ideas de cómo hacer las cosas, generando un espacio de encuentro de las propias trayectorias. En aquella sesión trabajamos con la guía de dos compañeras agregando capas mientras las mujeres compartían sobre su experiencia anterior en compostas, en materiales o variables, dependiendo lo que está disponible en sus hogares, así como generando perspectivas sobre cómo reproducir este ejercicio con sus familias o vecinos. Así fueron saliendo algunas anécdotas, recomendaciones, opciones. Era un espacio para compartir y aprender. Todas habían traído algo para poner a la composta, material de sus fincas, residuos de sus cocinas, herramientas para trabajar, experiencias previas, preguntas, etc.





En algún momento, quienes no hablábamos náhuatl nos perdíamos de los detalles de la conversación, de los chistes y de las recomendaciones, me pareció fascinante. Estar fuera de una conversación también es importante cuando genuinamente queremos dar lugar a que las mujeres tengan espacios propios desde sus coordenadas, intereses e intersecciones. Una de las facilitadoras del taller que vivía en la cercanía a Orizaba, una zona con un paisaje y clima más cálido al estar en el valle, comentaba sobre las diferencias en las compostas que ella preparaba para su casa y las opciones que abría para intercambiar productos e insumos entre ecosistemas de la sierra. Así mismo sucedió en el taller de medicina tradicional cuya sesión se enfocó en las enfermedades o padecimientos de las mujeres. Este taller se desarrolló completamente en náhuatl en la comunidad de Zacamilola, y la metodología de aprender haciendo nos brindó a todas, la posibilidad de acercarnos a esta experiencia y conocimiento sin que la lengua fuera una barrera.

El taller se desarrolló en la cocina de nuestra anfitriona, el espacio de la intimidad, del cuidado. Nos recibieron con tortillas calientes y con una salsa de chile de cera deliciosa. La anfitriona de casa también debía atender a los trabajadores, alimentarles, atender su casa, atender nuestra visita, a su familia y su negocio. Todas esas tareas de las que las mujeres se hacen cargo sostienen no solo a quienes nos beneficiamos y recibimos amorosamente todos sus esfuerzos, sino también la comunidad.

Los trabajos de cuidado que ejercen las mujeres sostienen la comunidad desde la gestión de vínculos, procesos, relaciones, espacios y tiempos. Ese día la cocina de Julia nos acogió para hacer alquimia. Preparar medicina, sanación para la familia y para las mujeres. El día anterior, había tenido oportunidad de conversar con Gabriela que me explicaba las dimensiones de una casa y la importancia de tener una cocina con suficientes elementos para recibir un buen número de invitados. La dimensión comunitaria, la posibilidad de abrir el espacio de tu casa para los demás es algo que está presente en la cotidianidad y es algo que determina inclusive la distribución de los espacios de la casa. La cocina de Julia era una muestra de eso.









Los procesos que acompaña Kalli Luz Marina están contruidos desde esta dimensión íntima de las relaciones comunitarias. Son procesos que buscan fortalecer las herramientas que tienen las mujeres para afrontar las múltiples violencias machistas y constantes agresiones patriarcales que atraviesan a nuestras sociedades y que, en particular, se expresan en la crueldad contra los cuerpos de las mujeres. Al generar espacios de intercambio y reconocimiento de las redes de saber y cuidado a partir de la soberanía alimentaria y la medicina tradicional se conecta con el acervo de conocimiento y la disponibilidad de insumos, alimentos y materiales de las fincas. Desde las organizaciones y el territorio de reproducen las relaciones que dan profundidad a sus vínculos, a sus genealogías y sobre todo a sus luchas.

Este corto texto lo escribo para agradecer y visibilizar lo sutil, lo que se queda en la cotidianidad del trabajo de las organizaciones comunitarias que acompaña Kalli y en particular del trabajo comprometido de todas sus facilitadoras. En particular quiero agradecer a Indira y Gabriela quienes fueron mi guía y mi compañía en este proceso de aprendizaje. Gracias a sus luchas sembradas en su arraigo, en su historia, en sus raíces y sus búsquedas por hacer proyectos de vida desde el territorio, resistiendo y construyendo vidas que valga la pena vivir. Vidas rodeadas de las montañas, de los árboles, de la lengua materna, de agua limpia, de hijes felices en su terruño. Esos son los sueños y las luchas de las mujeres hoy y capaz esas son las necesidades de la humanidad hoy como especie en crisis.

Si no es el trabajo de las mujeres desde el arraigo, como formas de construcción de otros horizontes de deseo, lo que nos guíe sobre cómo afrontar las crisis ambientales, sociales y económicas que nos agobian hoy, me pregunto entonces ¿Cuáles son nuestros referentes y horizontes de deseo para afrontar un mundo en crisis?

Referencias

Chacón Madrigal, Eduardo (2023) Pacas digestoras: manejo de residuos orgánicos en comunidad de manera natural. *Jardín Botánico José María Orozco*, consultado en línea 13 julio 2023 en <https://jmo.biologia.ucr.ac.cr/2023/03/21/pacas-digestoras-manejo-de-residuos-organicos-en-comunidad-de-manera-natural/>

Ramírez Morales, María del Rosario (2019). Espiritualidades femeninas: el caso de los círculos de mujeres. *Encartes*, 03, 144-162. <https://doi.org/10.29340/en.v2n3.81>.

Segato, Rita Laura (2016) "La guerra contra las mujeres", Madrid, Traficantes de Sueños., 188 pp.

* CALAS – Universidad de Bielefeld. Email: tyanif.rico@uni-bielefeld.de